

Máxima pintura mínima

Razones de paisanaje me han permitido conocer a Manuel Rodríguez desde siempre y, naturalmente, tener acceso a su obra. Dicho de otra manera: la cercanía al artista me ha ayudado a seguir la evolución de su creación.

Sé por experiencia personal que la empresa más difícil para un creador –ya sea escritor, pintor, escultor, etc.– es imprimir sello único al resultado final de su inventiva; embadurnar de personalidad propia las luces y sombras de su imaginación; crear, en suma, algo singular y con carácter. Muchos –la gran mayoría– quedan frenados en el intento, “perecen” durante el sufrido ascenso –entiéndase trayectoria– a la cima, porque no todos consiguen plasmar en el lienzo, en el folio, en el barro..., unos rasgos definitorios exclusivos; más bien, al contrario, pierden sus nombres en el abismo de la extensa nómina de la medianería y el adocenamiento. Pero Manuel Rodríguez posee la virtud –que no la suerte– de pertenecer al pequeño círculo de esos elegidos que no necesitan firmar sus obras. En efecto; situarse ante un cuadro de este granadino nacido en Albolote supone contemplar la plasmación de un sueño policromado o el discurso conceptual pictórico de un artista cuyo nombre va implícito en el hilo de pintura que como un reguero deja el pincel en el lienzo.

Frecuento activamente los ambientes culturales granadinos, pero entre mis ocupaciones habituales no está la de crítico; ni siquiera la de analista; ni mucho menos la de estudioso de las artes plásticas cuyas musas immortalizaron a Velázquez y a Picasso. Por tanto, no me voy a perder por caminos y vericuetos que no me resultan familiares. Supongo que a Manuel Rodríguez no le importará demasiado. ...Y no le importará demasiado porque un artista, durante sus “siete días” de creación, no piensa en lo que puedan opinar los demás; sólo tiene en mente dos inquietudes, que, a la par, se convierten en necesidades –¿o es al revés: necesidades que se metamorfosean en inquietudes?–: una, la de comunicarse con lo demás; otra, consecuencia de la anterior, que llegue al público. ...Y es que cuando el ser humano necesita decir algo, obviamente

ha de ser a alguien. A partir de ahí, por supuesto, los teóricos tienen la palabra; pero al artista ni siquiera le quita el sueño a qué “ismo” va a ser adscrita su paleta: no le preocupa el encasillamiento, etiquetado o catalogación que resuelvan dictaminar, pues su espíritu no es académico, sino creador. Poco o nada preocupan al autor las controversias que puedan surgir de los distintos trabajos de los “entendidos”: si su obra es más ingenua que directa; si participa más del universo surrealista que del naïf; si contiene más elementos realistas que oníricos... Lo realmente importante es su obra, es decir, qué quiere transmitir y cómo quiere transmitirlo.

Que Manuel Rodríguez sea autodidacta, en modo alguno significa que sus cuadros rezumen ingenuidad; “a sensu contrario”, ese aprendizaje constante y pertinaz, alejado de escuelas encorsetadas y conceptos excluyentes, le ha permitido constituirse en un comunicador peculiar y exclusivo, naturalmente, con las influencias “necesarias” de aquellos maestros que le han marcado el camino a seguir y que han posibilitado la originalidad de su obra.

Es momento de dejar las palabras a un lado y concentrarnos ante el espectáculo que nos brinda Manuel Rodríguez, ante esa explosión de luz y color –no que se proyecta sobre sus cuadros, sino que sale de ellos–, pues la ingeniería de vocablos, por muy hermosa que pueda resultar para los oídos, nunca será fiel sustituta de la contemplación de sus obras de arte. De igual manera que en el arte de Talía se habla de “metateatro”, la “metapintura” de Manuel se abre a nuestros ojos a través de esas ventanas que nos trasladan a horizontes más distantes que los ofrecidos en “primer término”, lejanías a manera de “cantos de sirena” que reclaman algo más que la atención del asombrado observador. Merece la pena compartir con su creador sus propias sugerencias, sus emociones; en definitiva, su mundo interior, esa fiesta “quasi” barroca de clara vocación colorista, henchida unas veces de una mezcla alegre de colores que transmiten “fertilidad” y otras de una amalgama “tenebrosa” que nos traslada al mundo real que nos da cobijo. En ambas está el verdadero yo de Manuel Rodríguez: de un lado, mensajero de esperanza, soñador de utopías, corresponsal de inquietudes, transmisor de vivencias...; de otro, rebelde con causa, descontento sin complejos, luchador sin descanso...

Los lienzos de Manuel Rodríguez dejan su alma al desnudo; en ellos se traslucen sus pensamientos más profundos; las cartelas no son sino una invitación al esfuerzo por conseguir y establecer los principios y derechos inherentes a la condición de ser

humano. ...Y cuanto más pequeño es el cuadro, más calado tiene el mensaje: máxima pintura mínima.

**José Moreno Arenas,
de la Academia de Buenas Letras de Granada.**